

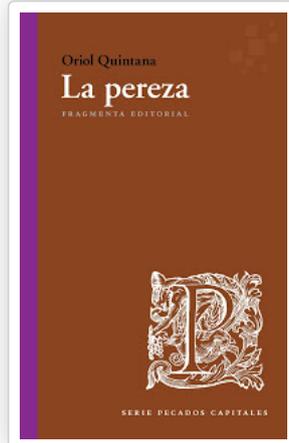
# AL DISCURSO

 411

miércoles, 1 de enero de 2020

## Sin pereza

Agradezco la idea de hacer una serie de libros sobre los pecados capitales. Para los que crecimos con temor de Dios, nos va muy bien una relectura actualizada de los miedos de niñez y juventud. Quien no ha recibido educación religiosa, reconocerá estas emociones, sentimientos, transgresiones, maldades o irregularidades como perfectamente actuales en las relaciones humanas. El formato de los libros es una buena propuesta de la editorial Fragmenta: pocas páginas, capítulos cortos y pocas hojas con más de veinte líneas. Una decisión que muestra la inteligencia del mundo editorial para adaptarse a la demanda de un público que se comunica por Instagram o por Twitter.



El doctor Oriol Quintana, en *La pereza*, hace un repaso crítico de toda la tradición cultural. Desde el cristianismo al Transhumanismo con todos unos referentes literarios, filosóficos o teológicos que enmarcan su evolución. En un principio era el paraíso. No se tenía que trabajar, podías ir viviendo sin sufrir por nada. La pura subsistencia. Nuestro Señor proveía. La pereza no existía. El problema vino cuando nos pasamos de listos y caímos en la tentación de acceder al placer y, además, como nos creíamos muy espabilados, queríamos hacer de Dios. Castigados al rincón de pensar, al pie del árbol de la ciencia, conocido también como el del Bien y del Mal, fuimos condenados a sufrir y a apenar.

Fuimos pasando hasta que al siglo XV, siglo arriba siglo abajo, y el Humanismo dejó de considerar a Dios como lo más sagrado y posó la mirada central en el hombre. No sé si mejoramos mucho porque antes podías encomendar todo éxito o error a la voluntad divina; ahora la responsabilidad sería humana. La mejora de un mismo y de la sociedad, porque estaba claro que nacíamos imperfectos, era responsabilidad de cada cual. El autor hace una acertada interpretación del Humanismo que nos lleva hasta el liberado cristianismo postconciliar. Asume que ser un humano decente (humilde, paciente, templado) es una meta basta buena y conlleva suficiente trabajo. Culturalmente me siento próximo, pero **me sobra la muleta de la metáfora cristiana.**

Estamos en el siglo XXI y el hombre continúa siendo imperfecto. La mejora exponencial de la técnica y la medicina nos ha permitido alargar la esperanza de vida – yo no hubiera ni hecho la mili si los antibióticos no me hubieran salvado de una meningitis meningocócica a los diecisiete años. El objetivo es superar los aspectos indeseables e innecesarios de la condición humana, como son la incapacidad, el sufrimiento, la dolencia, el envejecimiento y la muerte involuntaria. Ser inmortal a base de cambiar piezas corporales, recortar y enganchar nada o regenerar órganos vitales con células madre -los padres son secundarios siempre- es el aspecto menos humano del Transhumanismo. Mejorar el cuerpo es lo que hemos hecho y lo haremos mejor, ahora bien, ¿mejoraremos como personas que viven en sociedad si no tenemos objetivos que tiendan a reducir las causas de los conflictos sociales? Nos hace falta un nuevo Pascal abierto en el mundo, no cerrado en un convento. Un individuo sin pereza que tenga algún pensamiento enfrentado a la habitación única global, con fibra óptica y Netflix opcional. Ahora se habla del Humanismo Digital; **con el Humanismo sin atributos me parece más que suficiente.**

Trabajar o tener que pensar para matar el hambre fue el castigo divino, siempre lo he tenido claro. Da pereza tener que apechugar y da pereza tener pereza. Es el **“to be or not to be”** shakespeariano. No nos engañemos, poco o mucho, todo el mundo trabaja. Por más que nos invada la soledad existencial y la carencia de sentido en lo que hacemos para acabar todos en el agujero, hay unas mínimas obligaciones difícilmente escaqueables. El autor y profesor de la Cátedra de Ética y Pensamiento Cristiano del IQS (Univ. Ramon Llull) cita el antropólogo anarquista, y un poco grosero, David Graeber, cuando habla que hay **mierdas de trabajo** que no las podemos dejar de hacer: sacar la basura, corregir exámenes, cosechar la fruta o cuidar los abuelos (a pesar de que ya lo encomendamos a los migrantes). Y **trabajos de mierda**, que son todas aquellas que van más allá de procurarse el alimento y la salud. Si trabajas y el lugar donde te encuentras no se puede distinguir entre una cafetería, hotel, despacho o entidad bancaria, es que estás de lleno en el alma-cloaca del sistema. Al cual se le tiene que reconocer que ha sido bastante espabilado para alimentarse a sí mismo, mutar y seguir funcionando con mejoras para un exiguo florete de privilegiados y una extensa masa de desfavorecidos.

El párrafo en que estoy más de acuerdo es: **“De todo se deriva que en la vida humana tiene de haber un tiempo para cada cosa (un tiempo para el espíritu, un tiempo para la carne), pero, sobre todo, que la pereza y otros pecados no son siempre malos y que la persona auténticamente sabia no aspira a suprimir la pereza y los otros vicios”**. Ya es desgracia que hayan tenido que pasar tantos siglos para concluir lo que explicaba el Eclesiastés en el Antiguo Testamento: cada cosa tiene su momento. Hay que disfrutar del presente, pero con mesura. La justa mesura aristotélica que no se encuentra en el punto medio ni en los extremos. La pereza es buena si no caes en el nihilismo del precursor del movimiento Occupy Wall Street y protagonista depresivo de *Bartleby, el escribiente* de Melville: **“prefiero no hacerlo”**. En el mismo Nueva York de la serie *Billions*, encontraréis seis pecados capitales y solo la virtud de la diligencia, que se opone a la pereza. ¿Se tiene que ser diligente, hiperactivo y corrupto para triunfar en el sistema financiero o tener poder judicial?

**Lo más parecido al irrecuperable paraíso perdido es la vida contemplativa del bebé y la del jubilado -con una pensión digna-**. El resto son trampas y engaños intrínsecos, no sé hasta qué punto evitables, del sistema que nos ha tocado vivir. La única obligación que tiene que limitar la pereza es hacer o permitir el mal. No se puede hacer daño a nada ni a nadie. Y, en la medida que se pueda, sin pereza, hay que ayudar a los otros a estar mejor. Especialmente a la familia, a los amigos, a quienes nos estiman y estimamos, a aquellos con quienes compartimos la vida o tenemos alguna responsabilidad. **Que tengamos otros felices 20.**

en [enero.01.2020](#)

No hay comentarios:

[Publicar un comentario](#)

### Follow by Email

Inici

### Datos personales



**jfcarr**  
Ver todo

### Etiquetas

autoritarismo  
constitucional  
I  
autoritarismo  
postdemocrá  
tico  
desobedienci  
a Elecciones  
independenci  
a Juicio  
neoliberalism  
o procés  
Silencio  
Supremo  
tiranía

### Archivo del blog

enero 2020 (1)  
diciembre 2019 (1)  
noviembre 2019 (1)  
julio 2019 (1)  
junio 2019 (1)  
mayo 2019 (1)  
abril 2019 (3)